

ra llenar la medida de lo incomprensible, elévanse voces del seno del mismo Paganismo, exclamando que la esclavitud ya no está autorizada, ⁽¹⁾ y que los esclavos, parecidos á hombres libres, son los amigos, los compañeros de esclavitud de los grandes y de los ricos. ⁽²⁾ ¿Qué romano de los tiempos antiguos no se hubiera tapado los oídos al oír semejante burla de los supuestos derechos del hombre? Si Catón hubiese salido de su tumba y hubiera oído exponer tales principios, si hubiese podido ver cómo en adelante el padre quedaba despojado de su poder despótico con relación á su hijo, ⁽³⁾ cómo la mujer podía testar, ⁽⁴⁾ cómo se había convertido todo en pueril y caduco, hasta el punto de preocuparse de los niños abandonados, ⁽⁵⁾ en vez de arrojar los propios á los perros, cómo—y esto era lo más monstruoso y más incomprensible para el viejo romano—la mujer quedaba colocada al mismo nivel que el hombre, de suerte que su infidelidad para con él era considerada tan injusta como la suya propia, ⁽⁶⁾ el austero Censor se hubiese dado sin duda alguna la muerte en el acto, desesperado de ver semejante corrupción de costumbres.

(1) Dio Chrysost., *De servit.*, 15, p. 242.

(2) Séneca, *Ep.* 47, 1; Juvenal, 14, 15 y sig.

(3) Troplong, *Influencia del Cristianismo*, 252 y sig. Champagny, *Los Antoninos*. Schmidt, *Die bürgerliche Gellschaft in der altrömischen Welt*, 356 y sig. Walter, *Gesch. der römisch. Rechts* (3), § 356, II, 150 y sig. Rein., *Criminalrech der Römer*, 440 y sig., 447 y sig.

(4) Champagny, *Ibid.* Karl Schmidt, *Die bürgerliche Gesellsch.*, 353 y sig.; Troplong, *ibid.*, 169 y sig., 283 y sig.

(5) Spartian., *Hadrian.*, 7. Julio Capitolin., *Marco Aurelio*, 7, 26; Lampridio, *Al. Severus*, 56; Plinio, *Panegy. in Traj.*, 26. *Ep.* 1, 8; 7, 18. Wilmans, *Exempla Inscript. latin.*, n. 2844 y sig. (II, 255-265). De los tiempos anteriores hay sólo algunos ejemplos aislados de esta especie de caridad, tales como los de Epaminondas (Corn. Nep., *Epam.*, III), Cimón (Plut., *Cim.*, X; Pericles, IX, 20. Lactanc., *Inst.*, VI, 9), Bias (Diog. Laert., I, 82), Augusto (Sueton., *Aug.*, XLI). Con Nerón empieza á regularse el cuidado de los niños abandonados. Trajano concedió especial importancia á este asunto. S. Pauly, *Real-Encyk.*, (2) I, 774 y sig.; VI, 1556 y sig., 2708. Champagny, *Die Antoinne*, I, 68 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom.*, III, 57 y sig., 81. Mommsen, Marquardt, *Röm. alterth.*, (2) V, 138 y sig. Schmidt, *Bürgerl. Gesellschaf in der altröm. Welt*, 261 y sig.

(6) S. Agustín, *De conjug. adulterin.*, 2, 8, 7.

Que nadie se extrañe de la expresión *corrupción de costumbres*. En boca de un verdadero romano, sería la única exacta y verdadera. Quien aquí hable de progreso, sólo prueba una cosa, á saber, que no le son familiares los puntos de vista antiguos, y, en particular, los romanos. Imposible es acomodar la antigüedad á las ideas modernas; y quizás, no obstante los reproches que se nos dirijan, nos mostremos sobre este punto más justos con los antiguos que los que constantemente quieren elevarlos por encima del Cristianismo. No vemos qué injusticia puede haber en comparar los tiempos antiguos con los modernos, ni la virtud y religión antiguas con la virtud y religión modernas; en una palabra, en juzgar lo antiguo según lo moderno. Esto produciría al Paganismo el mismo perjuicio que si uno quisiese reducir las Olimpiadas y las Indicciones á la Era Cristiana, ó la manera de contar por talentos y por sextercios á la de contar por marcos ó francos.

Pero lo que no es permitido, porque es falso, es pintar é idealizar arbitrariamente la situación antigua, según las ideas proporcionadas por la Revelación, con el único objeto de disputar al Cristianismo la gloria que tan bien merecida tiene. Los mismos antiguos protestarían de esto con la más viva indignación. Para ellos, innovaciones tales como las que hemos citado, lo serían todo menos progreso, ya que más bien serían una renuncia del espíritu antiguo, una disolución del orden moral antiguo, un desarrreglo, una vuelta al estado salvaje, una locura, una corrupción, una destrucción del mundo.

Porque ¿de dónde procedía la rabia de Tiberio, de Nerón y otros personajes semejantes? Preciso es, no obstante, dar una explicación psicológica de tales monstruos y de su conducta. En efecto, existe una, y no hay necesidad de ir á buscarla muy lejos.

El espíritu antiguo no se hubiera confesado vencido tan pronto. Levantóse con todo su poder contra aquellas innovaciones continuas que producían, en todas partes y en todos los terrenos, ideas é instituciones extrañas. Era esto.

justo, porque el antiguo espíritu romano veía su ruina en este cambio de opiniones. Sólo que, el poder de los elementos extraños era tan considerable, que ya no era posible contener su penetración. Pero, cuanto mayor era su impotencia y más considerable la fuerza de las novedades, más crecía su paroxismo, el cual acabó por degenerar en rabia completa. Si Catón hubiese vivido en la época de los Césares y hubiese dispuesto de su poder, ciertamente no hubiese obrado con menos crueldad que Tiberio. Lo mismo podemos decir de Fabio Máximo; según todas las probabilidades, todavía hubiese sido más consecuente y más malvado que aquél. Y aunque los eruditos se sientan tentados de exclamar en el acto que es una paradoja el afirmar que el gran Scipión hubiese sido una especie de Nerón, si hubiera vivido en iguales circunstancias, después de reflexionarlo un poco, veránse obligados á confesar que es la verdad, y aun añadir que hubiese sido un tirano más genial que aquel *dilettante* estúpido.

En una palabra, el que quiera explicarse la manera de obrar de aquellos tiranos únicamente por su carácter personal, renuncia á comprender su conducta y su época. Aquí tratamos de acontecimientos sociales; no de algunas personas medio locas, sino de la época entera. Son aquellos la verdadera expresión de lo que las últimas generaciones conservaron todavía del espíritu antiguo. De aquí provino la popularidad de que gozaron y el dolor de que la multitud dió muestras á su muerte: ⁽¹⁾ y de aquí la vuelta continua de aquellos accesos de furor que tenían lugar, no sólo en el palacio de los Césares, por cuyas venas corría sangre romana, sino también en la casa más moderada de los Fabios, y en la más dulce de los Antoninos.

Más tarde, cuando el furor por la lucha disminuyó de día en día en el Imperio, y cuando Roma fué á buscar sus emperadores en los *pandemoniums*, entre los tracios y los dálmatas, este rasgo característico continuó siendo lo que había sido hasta entonces, con la única diferencia de que

(1) Cf. Vol. III, IV, 4.

los primeros de aquellos locos furiosos coronados, que sintieron aproximarse por todos lados el enemigo invisible, sin verlo bajo una forma determinada y palpable, atacaron, en su furor insensato, á toda la sociedad, en tanto que los últimos, á partir del siglo II, cuando el adversario que los amenazaba se hubo alzado contra ellos por modo claro y tangible bajo la forma de Iglesia cristiana, convirtieron en perseguidores propiamente dichos.

Resumamos cuanto acabamos de decir. Se había dado buena cuenta de la sabiduría y poder de la antigüedad. En medio de los despojos formados por su ruina, crecían por todos lados las plantas más extrañas, tales como jamás se habían visto brotar en aquel terreno y en aquellas zonas. ¿De dónde procedían aquellos gérmenes que producían en todas las grietas de aquellas ruinas una vegetación lujuriosa, pero sin consistencia? No es una explicación decir que era una prueba del progreso de la época. Esto recuerda muy bien las explicaciones de los naturalistas de antaño, los cuales, sin gran reflexión, atribuían el origen de los sapos y de los ratones á la podredumbre amontonada en los escombros. Hoy ya no nos contentamos con semejantes explicaciones, sino que aspiramos á algo más serio. Ahora bien, aquí sólo cabe una explicación posible. No negamos que, en medio de la decadencia y disolución de la antigüedad, no hubiese existido un verdadero progreso momentáneo en muchos puntos particulares; pero no admitimos el principio de que este progreso debe ser atribuído al mundo antiguo y que no pueda provenir de otras fuentes.

Con frecuencia se ha creído poder explicar estas nuevas ideas y estas nuevas instituciones por los cambios de la opinión pública; pero esto tampoco es una explicación, antes por lo contrario, trata de evitarla. Por segunda vez, preguntamos, pues: ¿De dónde procede este cambio de opinión? ¿Quién cambió la opinión precedente y quién impuso una nueva al mundo? Ciertamente fué algo distinto de la opinión pública. Hablando francamente, consideramos

á ésta en gran parte como una fantasía, y la manía de referirse á ella, como el miedo que se tiene á los espectros. No decimos que no haya espectros; pero aquellos que les tienen miedo, los ven en todas partes donde no existen. Del mismo modo, hay una opinión pública; pero si muchos hablan de ella como de una gran potencia ante la cual todo debe bajar la cabeza, aun los más altos poderes de la tierra, es una exageración, á la cual sólo podemos responder: «Meter miedo no conduce á nada». Esto equivaldría á hacer un espantajo para niños, una cosa insignificante en sí misma y que cualquiera podría vencer con un poco de independencia. ¿Quién es el hombre que no se avergüenza de oír que se le censura porque ordena su vida según las ideas de la multitud? ¿Qué es lo que se quiere decir, pues, cuando se afirma que todos se referían á la opinión pública de aquella época? ¿Que, por temor á un linchamiento físico ó moral, estaban obligados á ser más dulces con sus esclavos y más tiernos con sus hijos? Pero esto sería rebajar aún más sus mejores acciones por modo completamente inexcusable. Lejos de salvar el honor del Paganismo, semejante explicación sólo conduciría á deprimirlo más.

Esto á parte, en el caso particular que aquí tratamos, la referencia á la opinión pública es completamente falsa. Cuantas veces se manifestó en aquella época, era, y continuó siendo, puramente antigua y pagana, es decir, que se manifestaba del modo más categórico contra aquellas innovaciones en las ideas y en las leyes.

Precisamente este punto es de la mayor importancia para explicarnos la situación. Preténdese que la filosofía de los estoicos y el sentimiento de unidad del Imperio Romano despertaron la caridad universal en los corazones y dispusieron la opinión pública en favor de una fraternidad universal de los hombres entre sí. ⁽¹⁾ Hermosas palabras sin duda; pero la verdad es que los paganos llamaban á la caridad, tal como la practicaban los cristia-

(1) Friedländer, *Röm. Sittenges.*, (1) III, 609.

nos, extraña monomanía, ⁽¹⁾ y también inocente simplicidad. La verdad es que la opinión pública condenaba á los que trataban á sus esclavos como á hombres, y los censuraban, porque se relajaban y porque hacían arrogante á aquella raza nacida únicamente para la esclavitud. ⁽²⁾ A partir de Nerva y de Trajano, los emperadores fundaron instituciones para educar á los niños abandonados. Particulares ricos, como Plinio el Joven, siguieron su ejemplo; pero se engañaron en sus esperanzas de provocar con ello la gratitud y la imitación. ⁽³⁾ Por útil que fuese la cosa, no podía ser popular. Mejor harían, decía la opinión pública, en emplear el dinero en juegos, en combates de gladiadores y en cosas que producen placer á la vista y al oído. ⁽⁴⁾ Así, pues, la opinión pública nada tuvo que ver con aquel cambio.

Lo mismo hay que decir de la vida. El arte de legislar había hecho progresos maravillosos; pero todo era letra muerta. En la práctica, la observancia de las leyes era desconocida. Tampoco son hombres extraordinarios desde el punto de vista moral é intelectual aquellos á cuyo nombre van unidas tan maravillosas innovaciones. Nerva era un hombre sin elevación de espíritu y gastado por los desórdenes, Antonino carecía de virilidad, Trajano era un ser abominable. Adriano fué uno de las grandes vergüenzas de la humanidad; poseía todas las disposiciones para ser un Tiberio, y, en ocasiones, dió de ello pruebas suficientes.

Desde el punto de vista intelectual, y aun desde el moral, debemos igualmente colocar á los sabios y oradores que fueron los heraldos de aquellas nuevas ideas en un nivel más bajo que sus predecesores, á los que, superan, no obstante, de mucho por las ideas que expresaban. Epicteto es, á juzgar por lo que de él sabemos, el mejor

(1) Tertuliano, *Apolog.*, 39.—Minuc. Felix, *Octav.*, 9.

(2) Séneca, *Ep.* 47, 1 y sig. Plinio, *Ep.* 8, 16.

(3) Plinio, *Ep.* 1, 8; *utilissimum munus, sed non perinde populare.*

(4) Plinio, *ibid.*, *oculorum et aurium voluptates.*

de todos; pero sus esfuerzos para hacerse insensible á todas las emociones, esfuerzos en los que únicamente fué superado por Marco Aurelio, constituyen una sombría mancha en su retrato. Plutarco, espíritu ciertamente de gran erudición y hombre notable por su experiencia y conocimiento del mundo, carece á la vez de profundidad é independencia: sólo quiere ser el intérprete de Platón, al que, sin embargo, está muy lejos de alcanzar. Máximo de Tiro apenas merece ser nombrado; para él, el sí y el no se parecen mucho, y en cuanto á vanidad, sólo puede rivalizar con él Marco Aurelio. Finalmente, el más viejo entre aquellos pensadores, Séneca, no es más que un declamador teatral, lleno de énfasis hueca, que no puede velar ni su hastío ni su orgullo, y que, á pesar de sus 300 millones de sextercios, ⁽¹⁾ puede citarse como ejemplo de que es posible contentarse con poco y vivir dichoso. Plinio el Joven era un señor bueno y afable, verdad es, pero también un espíritu mediocre y un censor insaciable.

Todos estos personajes no son grandes hombres superiores á su época, pues eran incapaces de inventar una nueva concepción del mundo. Sin embargo, estos hombres difundieron ideas por el mundo, é hicieron hacer innovaciones, que á todo verdadero romano debían parecerles tan intolerables como á nosotros, colocados en el punto de vista cristiano, nos parecen un progreso hacia lo mejor. Como ellos no las sacaron, ni del mundo en que vivieron, ni del pasado de donde habían salido, ni de sí mismos, preciso es que las tomaran de otras partes.

Hemos indicado ya la fuente de que provenían. Para hablar con Trajano, «había surgido una nueva época, época á la cual no se adaptaban ya los principios de los antiguos». ⁽²⁾ Como decía un testigo, ciertamente no sospechoso, Porfirio, enemigo de los cristianos, «se había difundido por el mundo una nueva atmósfera, en la cual los espíritus de la antigüedad no respiraban con desaho-

(1) Tácito, *Annal.*, XIII, 42.

(2) *Nec nostri sæculi est.* Plinio, *Ep.* X, 98.

go». ⁽¹⁾ Era la atmósfera que precedía á la Revelación divina, el Judaísmo y el Cristianismo, como el torbellino de polvo precede á la tormenta que va á estallar sobre la llanura para renovarla y refrigerarla. No son ya ideas antiguas, sino ideas extrañas al espíritu de la antigüedad, ideas completamente nuevas. Ofrecen ya un aroma de espíritu cristiano, y atestiguan la ruptura irremediable que se ha producido con la manera de ser antigua. ⁽²⁾

De aquí el hecho maravilloso que ya hemos observado, á saber, que sus mismos representantes no las comprenden y las aplican mal. De aquí procede también el hecho de que estas nuevas ideas é instituciones, asentadas en el suelo del Paganismo, no echan raíces ni son duraderas. Atempéranse todos á leyes más dulces en favor de los esclavos, pero, en realidad, su miserable suerte no cambia en la práctica. Las sumas gastadas en cuidar á los niños abandonados no tardarán mucho en dejar de pagarse, ⁽³⁾ y aun parece que esta especie de beneficencia dejó ya de existir en tiempo de Alejandro Severo. Cuando Juliano el Apóstata quiso volver á elevar el Paganismo, avergonzábale el Emperador de que los paganos no hicieran nada para satisfacer sus necesidades, en tanto que los cristianos se cuidaban de las suyas y de las de sus enemigos. ⁽⁴⁾ Esto era muy natural; algunas piezas nuevas cosidas á un vestido viejo no pueden sostenerse. Ideas y prácticas puramente sobrenaturales, infiltradas en ideas é instituciones paganas decrepitas, no podían ser de larga duración. Todo lo más que podían era convencer al mundo de que semejante acomodamiento no conduce á nada, y que se hacía imprescindible una reforma completa.

13. El Cristianismo, religión nueva.—Pues bien, alcanzaron completamente su objeto. Los paganos de aquella época no encontraban la menor dificultad en ver en el

(1) Porphyrius apud Euseb., *Præpar.*, VI, 5.

(2) Friedländer, *Röm. Sittengesch.*, (1) III, 609 y sig.

(3) Jul. Capitolin., *Pertinax*, 9.

(4) Juliano Apóstata, *Ep.*, 48, 6 (Hercher, *Epistologr. græci*, 368).

Cristianismo una religión completamente nueva, enviada al mundo por un poder ultraterrestre, sobrenatural. Desde este punto de vista, hasta iban demasiado lejos en ciertas cosas, lo que no es difícil de comprender, si recordamos qué vacío intelectual y qué insulsez reinaban en aquella época. Marco Aurelio nos ofrece de ello un ejemplo palpable. Fácil es explicar cómo aquellos espíritus creían descubrir una especie de milagro sobrenatural en cada expresión del Cristianismo, aun en la más sencilla de todas, cuando les ofrecía un pensamiento profundo y una regla de conducta. Las palabras de la escritura: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti», ⁽¹⁾ no son ciertamente un precepto de prudencia que pertenezca exclusivamente á la Revelación; parece que todo pagano que lo oyere pronunciar debía considerarlo como la cosa más natural del mundo, y, sin embargo, tal impresión produjo en Alejandro Severo, quien, no obstante, era un hombre instruído, que ordenó á un heraldo que lo proclamase en su campo, y lo hizo grabar en los muros de sus palacios y en los monumentos públicos. ⁽²⁾ ¡Cuán grande era la impotencia intelectual del Paganismo! ¡Cuán grande aparecía la superioridad del Cristianismo, aun en las cosas más sencillas y naturales!

Esto debe darnos una idea de la impresión aplastadora que debió ejercer el aspecto sobrenatural propiamente dicho de la nueva religión. ¿Sería posible creer que aquella rabia espumosa, aquella cólera tan grosera y brutal que estallaba á toda hora contra el Cristianismo, aquellas calumnias infantiles y, á menudo, risibles, aquellas excitaciones y mentiras lanzadas contra él y contra sus partidarios, no tuvieron también una razón de ser psicológica? ¿Cuál de aquellos enemigos y calumniadores no respetó á los cristianos? Pero el despecho producido por la superioridad de su causa y el miedo á la fuerza invencible de su influencia, obligaron á los hombres mejores á cometer

(1) Tob., IV, 16. Math., VII, 12. Luc. VI, 31.

(2) Lampridio, *Alex. Sever.*, 50.

contra ellos injusticias que su cabeza desaprobaba y que ciertamente lamentaba su corazón. Porque ¿cuál debía ser su conducta frente á aquella nueva religión? ¿No debían declararle la guerra ó someterse á ella? Cuando no podían disimular el temblor nervioso que se apoderaba de ellos al oír á los Apóstoles hablarles de justicia, de castidad, de pureza de corazón; ⁽¹⁾ cuando ellos, que hasta entonces habían considerado como una locura no bañar sus manos en sangre ajena, respetar lo que no les pertenecía, y poner su cuerpo en guardia contra la embriaguez de la sensualidad; cuando ellos, que jamás habían pensado en domar sus pasiones y ambiciones, se vieron de repente en presencia de una religión que purificaba el corazón, hacía invencible la inteligencia é inacesible al mal la voluntad, ¿qué camino les quedaba, sino aniquilarla ó constituirse en prisioneros de ella?

No era ciertamente el número de los cristianos, ni el miedo á sus supuestas atrocidades, lo que llenaba el mundo de asombro y de horror, y le arrancaba la confesión de que debía haber en ello una fuerza sobrehumana, sino que era su delicadeza de conciencia, su cuidado en conservar pura é inocente el alma, el encanto incomprensible que ejercía sobre ellos la palabra cruz y la participación en los sufrimientos del Salvador, el heroísmo jovial con que iban á la muerte, no fingiendo que no le tenían miedo, como los paganos, no por desesperación y saciedad de la vida, sino con generosidad y placer por la vida.

14. El Cristianismo, reacción como religión natural, revolución como religión sobrenatural, mas no progreso.—Así, pues, que nadie hable ya de un progreso ó de una evolución, que, con la fuerza y la lógica de una ley natural, hizo del Humanismo de la antigüedad la religión del Cristianismo. Que nadie trate de restringir la idea de una Revelación sobrenatural, al emitir tan sólo la opinión de que, en sí mismas, estas doctrinas no eran inaccesibles al hombre, pero que Dios, en su miseri-

(1) Act. Apost., XVII, 32; 24, 25.